BALCON



SUMARIO

ODIO IDEOLOGICO

Lejos de nuestro ánimo preconizar desde estas columnas ninguna suerte de indiferentismo ni formular el absurdo lugar común de que "todas las ideas son respetables". Con Chesterton y la tradición católica seguimos creyendo que si hay algo por lo que vale la pena discutir y pelear y morir es precisamente por las ideas. Lo peligroso, lo que hay que temer no es ese caballeresco fervor por los principios, sino las deformaciones psicológicas de los que se escudan en ideologías para dar curso a sus turbias inclinaciones.

El pueblo argentino parece, en su conjunto, poco proclive a ese tipo de inquinas doctrinarias. Un siglo y medio de historia deja como saldo la experiencia definitiva de que el país rara vez ha sentido la necesidad de traducir en violencias, persecuciones y venganzas, sus apasionamientos ideológicos. Si la exoneración de José Manuel Estrada impresionó profundamente a la conciencia pública no fué tanto a causa de la egregia personalidad de la víctima sino sobre todo porque esa medida quebraba una constante de respeto recíproco que los argentinos han tenido muy en alto, aunque hayan hablado poco de ella, y que resurge con fuerza reduplicada cada vez que se ha intentado desconocerla.....

Un difundido semanario socialista atribuye al odio ideológico las recientes cesantías producidas en la administración nacional. "La vesícula de los resentimientos ideológicos —dice— se ha derramado sobre el país", "el odio irreductible que divide, encona y lleva hasta la guerra fratricida... el odio frío y estratégico... el odio de gente que no siente ni vive la democracia..."

Recomendamos al lector esta prodigiosa especulación sobre nuestra notoria carencia de memoria colectiva. ¿Quién en efecto, que no tenga un recuerdo siquiera borroso de lo que ocurrió el año pasado no sentirá que esas palabras se vuelven como "boomerang" contra los mismos que las escribieron? . Porque la más flagrante excepción producida en el país a esa consigna táctica de temperancia, la constituyó precisamente la conducta reciente de los sectores democráticos. El común denominador de ese desborde sectario fué la acusación de "nazismo", palabra-clave, encubridora del despecho que se venía incubando desde tiempo atrás contra lo que de un modo u otro encarnara el orden y la autoridad. Y no por los errores o aún por la indignidad de sus ocasionales representantes, sino por la noción misma que representaban. Vimos, aún antes del 4 de Junio, funcionar un anticipo de ese perverso espíritu en la caricatura grotesca del comité de salud pública que fué la "comisión investigadora de actividades antiargentinas". Lo volvimos a encontrar, exacerbado, tras las persecuciones públicas y privadas, que en la medida en que tuvieron algún poder, ejercieron implacablemente los epígonos de la "tolerancia" y la "buena vecindad". Lo que afortunadamente no llegamos a ver fué a ese odio —promovido en nombre de las ideas democráticas— apoderarse de la totalidad del Estado. Matanzas como en España, checas como en Rusia, procesos como en Nüremberg, desahogos sobre cadáveres como en Italia, hubieran entonces convertido a esta gleba generosa y despreocupada, en esponja de sangre y en campo siniestro de lucha civil.

En una sola cosa coincidimos con el periódico socialista: la sociedad argentina no entra por los aros de la crueldad y el fanatismo. Sépalo de una vez por todas, la oposición que no ha asimilado la enseñanza de los hechos y todavía hoy se estremece de voluptuosidad ante la fotografía de un gobernante ajusticiado.

Y sépalo también el gobierno. Sépalo para apartar de sí toda tentación de seguir, siquiera a la distancia, el mismo camino. Si algo de esa mentalidad fanática se ha infiltrado por azar en las filas de un movimiento que tendrá muchos defectos pero no el de ser sectario, luche enérgicamente por desarraigarla. Fiel, empecinadamente fiel a la limpia índole de nuestro pueblo, lo interpretará en la medida en que aprenda la lección que deja el fracaso de sus adversarios. Entréguesele en patrimonio exclusivo el espíritu de venganza y logrará que ese fracaso sea definitivo.

BALCÓN.

CARDIJN... UNA VOZ QUE CLAMA EN EL MUNDO

"No es ésta la hora del pánico. Yo me encargo de gritarlo a todo el mundo. Es la hora de la esperanza, es la hora del optimismo, es la hora de la fe, porque es la hora de la santidad".

CARDIJN.

Cardijn está en Buenos Aires. Nuestra capital es el punto terminal de una larga gira que ha venido realizando por Canadá, Costa Rica y todos los países de la costa del Pacífico. Buenos Aires tiene pues la ocasión de escuchar la palabra ardiente de este hombre extraordinario, cuyo nombre llena ya toda Europa; el creador genial de uno de los movimientos más notables de este siglo: la Juventud Obrera Católica, conocida generalmente con el nombre de J. O. C. Movimiento éste que, nacido hace escasamente treinta años, se ha difundido ya por todo el mundo con una rapidez tal, con un entusiasmo tan ardiente y una mística tan poderosa que, en un Congreso celebrado en París poco antes de la guerra, el Cardenal Verdier pudo saludar a cien mil de sus miembros con estas palabras gloriosas: "*Jocistas... Hijos del milagro, os bendecimos... Han pasado sólo diez años. Ayer erais cuatro. Hoy son ya 500.000 los jóvenes obreros que ostentan con orgullo la espiga jocista en su pecho... Jamás, desde las Cruzadas, un impulso cristiano ha despertado tanto entusiasmo en tantos corazones. ¡Adelante! ¡A conquistar el mundo!*".

Movimiento dotado de un "élan" tan poderoso, que no son mera retórica las afirmaciones de sus coros hablados:

"Jocistas: ¿Cuántos erais ayer?, se pregunta en uno de los coros hablados de la primera hora.

—Menos de quinientos.

—¿Y hoy?

—Diez mil.

—¿Y mañana?

—¡Millones! Prometemos llevar adelante la revolución espiritual iniciada hace diez años! Prometemos darnos a la J.O.C.! Prometemos devolver a Cristo la clase obrera! *¡Mañana, todo el mundo será jocista!*".

Lo admirable no es que lo digan, sino que lo cumplan. Hoy suman ya en todo el mundo centenares de miles los jóvenes obreros que han escuchado el mensaje redentor de Cardijn. Y tan definida y neta es la personalidad de este movimiento, que ha creado toda una nueva concepción, o estilo de vida, dotado de un lenguaje propio, en el cual vuelca sus ideales y aspiraciones: en todo el mundo se habla ya de "espíritu jocista", "vida jocista", "hogares jocistas", "alegría jocista", etc.

François Mauriac tuvo ocasión de asistir a una de esas grandes asambleas jocistas de preguerra. El Congreso Jubilar de 1937, en París. Cien mil jóvenes obreros llenaban el "*Parc des Princes*". En el centro una Cruz, "símbolo de todos los sufrimientos de la clase obrera". La voz del altoparlante estremece el corazón de los asistentes: "*¿Quién es, entonces, ese Obrero, que marcha paso a paso junto a nosotros... que se asocia a nuestros trabajos... que no es de ningún país determinado, pero a quien todos los obreros del mundo proclaman su Jefe?*" "*ES EL...* —prorrumpen cien mil voces jocistas— *es Cristo Obrero, que se arrima —corazón a corazón— al obrero del siglo XX*". Y Mauriac, que llamó a este Congreso Jocista "el conocimiento más importante de nuestro atormentado siglo", concluye su relato de la impresionante asamblea: "...nosotros, hijos del siglo XX, amargados y pesimistas, no hemos podido contener las lágrimas ante el espectáculo de esos muchachos obreros, curtidos por el trabajo y transfigurados por la fe".

El gran problema pues del siglo XX es la solución del problema obrero, mediante la reimplantación de una justicia social que devuelva a la clase trabajadora sus derechos humanos. Dos caminos se abren al proletariado para la reconquista de sus legítimos derechos: el camino del odio y el camino de la caridad. El primero, la lucha de clases, la señaló Marx. El segundo, la colaboración armónica de las clases sociales, sobre la base de la justicia y de la caridad, es el señalado por Cardijn, creador de uno de los pocos movimientos con el cual se puede contar hoy, como factor constructivo, la restauración de Europa y del mundo.

Hijo de obreros, Cardijn sintió en carne propia la tragedia de ese abismo de odio abierto entre el mundo obrero y las demás clases sociales. Sus compañeros de trabajo le negaron el saludo desde que le vieron vestido con la negra sotana de seminarista. Entonces comprendió Cardijn la tragedia de esa clase —a la cual él pertenecía— envenenada hasta llegar a odiar lo único que podía restituirle la dignidad y la alegría: la religión. Comprendió que ninguna conquista material por parte del obrero sería eficaz sin una previa rehabilitación moral y espiritual. Poco después moría su padre: frente al lecho mortuorio de ese obrero, para quien tan pocas satisfacciones había tenido la vida, Cardijn juró trabajar hasta la muerte en la restauración espiritual y material de sus hermanos obreros.

Ordenado sacerdote, comenzó sus primeras experiencias en una barriada obrera de Bruselas. Las primeras realizaciones fueron barridas por la guerra del 14, y Cardijn mismo fué encarcelado por los alemanes, acusado de mantener correspondencia con los aliados. Dos años duró su prisión, y allí elaboró, en el silencio fecundo de su celda, el plan maravilloso de lo que sería la J.O.C.

Escuchemos a Cardijn mismo contar los orígenes de la J.O.C.

"Hace algunos años, un pobre sacerdote tuvo la audacia de decir a media docena de jóvenes sacerdotes: "Si ustedes quieren, salimos a conquistar el mundo..." Los muchachos tuvieron la ingenuidad de creer en este sacerdote, tal vez porque este sacerdote no creía en sí mismo, sino en Cristo. Creyeron que Jesús quería completar por medio de ellos la obra de la Redención".

"*Es una utopía*", gritó todo el mundo en torno de ellos. "Es una locura acometer una empresa semejante con instrumentos tan humildes". No sabían que Dios y su Cristo se valen siempre de instrumentos humildes para realizar sus grandes empresas.

"Y los jocistas fueron primero diez, luego cien, después doscientos. Hoy suman centenares de miles los que han jurado morir por la recristianización del mundo obrero".

Con estas sencillas palabras explica el Canónigo Cardijn el milagro de la J.O.C. Habla de Bélgica. Después el movimiento pasó a Francia, donde hay ya, a pesar de la guerra, más de 150.000 jocistas. En 1937 había ya jocistas en Inglaterra, Hungría, Portugal, Yugoeslavia y Polonia.

El movimiento pasó al Africa. En Madagascar, Congo Belga y Senegal Francés, surgieron secciones, periódicos, semanas de estudios jocistas. Luego llegó al Asia: Alep, Beyrouth, Tonkin.

En América, ya en 1935 el Primer Congreso de Montreal reunía 15.000 jocistas. Hoy en sólo el Canadá pasan de 40.000. La Jerarquía ha implantado también el Jocismo en Estados Unidos, Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, etc.

También nuestra patria tiene ya organizados sus cuadros jocistas. Buenos Aires, La Plata, Tucumán, han sentido ya el calor de las asambleas jocistas y han visto un día sus calles conquistadas por una juventud nueva que gritaba con un acento desconocido, sus ideales de rehabilitación obrera.

•

¿Dónde está el secreto de la admirable vitalidad de la J.O.C. y de los maravillosos resultados obtenidos por Cardijn? Creo que en dos cosas, de las cuales es la primera la sabia aplicación de la doctrina eterna de la Iglesia a las necesidades actuales del mundo obrero. Cardijn supo tocar el fondo del problema obrero. Comprendió que el obrero del siglo XX anhelaba algo más que meras conquistas materiales. Comprendió que en la clase obrera se había despertado la conciencia de su dignidad humana, y tenía una insaciable hambre y sed de justicia social, que no se satisfaría con las migajas de un aumento de salarios, sino con el reconocimiento integral de todos sus derechos y de toda su dignidad de trabajadores. Y Cardijn reveló entonces a sus muchachos la doctrina de la Gracia y del Cuerpo Místico, con lo cual un mundo nuevo, un mundo jamás soñado se abría ante los ojos de los obreros.

"Para salvar a la clase obrera, dirá después Cardijn, hay que tener el coraje de decirle: "No hay más que una doctrina que puede salvar a los obreros, tanto en

SONETO

Alma de la montaña y la vertiente,
Color y forma que a los ojos canta;
Alma de lirio que a la núbil planta
Abre el misterio azul de lo viviente.

Alma arcana de bestia, sueña y siente,
Conoce, odia, desea, y se levanta
Sobre el espacio, mas su luz quebranta
La misma carne de su luz vidente.

Alma que amas sobre los sentidos,
Mas que del sol es tu mirar profundo,
Nauta de los espacios no medidos,

Hombre, de cielo y tierra ser jocundo,
Angel y bestia y flor por siempre unidos,
En quien, eterno, permanece el mundo!

ALBERTO OBLIGADO NAZAR.

la tierra como en el cielo; es la doctrina que tiene en cuenta el origen divino y el destino divino de cada trabajador..."

Es necesario tener el valor de predicarles: "Ustedes no son ni máquinas, ni esclavos de los patrones, ni bestias de carga, sino que son hijos e hijas de Dios, colaboradores y hermanos de Cristo... Ustedes tienen derecho a ser respetados y retribuídos justamente, porque son miembros del Cuerpo Místico, ya que Cristo ha dicho *realmente*: "Si dáis al obrero un salario injusto, no es de él de quien abusáis, sino de Mí".

El Jocismo se presenta, pues ante el mundo trabajador con el programa de elevar la dignidad de la clase obrera, levantando el nivel espiritual, intelectual y económico en que viven los jóvenes asalariados. Pero el Jocismo cree que no es posible la redención del proletariado *sin una renovación integral de la clase obrera*: "Toda la vida obrera, dice Cardijn, todo el ambiente obrero, todas las instituciones obreras, todas las masas obreras, deben ser restituídos a su origen divino, y a su vocación divina, a su sola razón de ser y de vivir, tanto en la tierra como en el cielo, en el tiempo como en la eternidad".

Este es el programa. Inmenso. Ambicioso. Pero también concreto y definido; capaz de exaltar el entusiasmo de quien ha sentido en carne propia todos los males del actual desorden social, y a quien se propone, no una actitud *pasiva* de resistencia, sino una *actividad constructiva*, íntimamente ligada a sus intereses y aspiraciones. Por eso los jóvenes obreros se sintieron conquistados por la "mística jocista" y respondiendo al llamado de Cardijn se lanzaron como a una Cruzada a redimir a sus hermanos obreros y a dignificar la vida del trabajo.

El segundo secreto de la J.O.C. es el *método*. Con intuición genial comprendió Cardijn que esta renovación integral no debía tender exclusivamente al mejoramiento de los individuos, sino sobre todo a la conquista de los ambientes. Y que la única manera eficaz de influir en los ambientes cerrados del mundo obrero era infiltrarse en ellos con un ejército de jóvenes nuevos, "fuertes, puros, alegres, conquistadores", que llevaran a sus hermanos de trabajo la buena nueva —el evangelio eterno— en lenguaje "obrero-siglo XX". Así nacía el concepto del apostolado especializado, que aplicado a la Acción Católica Belga produciría tan maravillosos resultados y que Pío XI sancionó definitivamente en la Encíclica "Quadragessimo Anno": "Los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros, han de ser los mismos obreros".

•

Tal es, brevemente esbozado, el movimiento jocista, y tal la personalidad de su fundador, Joseph Cardijn. Después del inevitable paréntesis de la guerra, durante la cual los jocistas derrocharon valor y heroísmo en el movimiento de la resistencia, la J.O.C. mundial reorganiza sus filas y se prepara a la nueva batalla, la construcción de un nuevo orden social justo en Europa y el mundo. Después de treinta años de lucha, Cardijn asiste, con una energía y una juventud perennemente renovadas, al despertar universal de la J.O.C. Para dar aliento a la joven J.O.C. americana ha emprendido su larga gira por todo el continente. Y ahora es nuestra patria la que tendrá la gloria de enfrentarse con este genial creador de uno de los pocos movimientos actuales que, por encima de nubarrones y aun de tempestades, permite abrir el corazón a la esperanza.

Cardijn es hoy una voz que clama en el mundo... Quiera Dios que sea escuchada en nuestra patria.

Ernesto Segura.

SONETO

Si por seguirte a ti, todo lo olvido,
Primavera de corza derramada,
Música niña con la piel limada
Toda cántico, mar, espuma y nido.

¿Dónde mi amor estás? Amor herido,
No es más alto el dolor con tu mirada,
Ni dura angustia asomará velada
Con tu boca morena de sonido.

Yo fijaré mi paso en otro centro,
Renovaré mi voz en tus corolas
Si más hundido estás del mar adentro.

Anunciación de risas amapolas,
Y siempre serás tú, conmigo a solas,
Yo olvidado de mí, por el encuentro.

José Cárdenas Peña.
Mejicano

LA MUSICA FOLKLORICA

Desde hacía largo tiempo los contornos de profundos problemas culturales argentinos se hallaban como sumidos en una espesa atmósfera. Una de ellos, el de la música folklórica ofrecía un aspecto particular, pues los más extraños conceptos gravitaban en detrimento de una clara formulación de sus enunciados. A ello sumábase, a no dudarlo, el desconocimiento por parte de las grandes ciudades de las auténticas vivencias artísticas de nuestro suelo. Pero por sobre todo ello, se hacía necesario intuír la estructura total de la realidad folklórica, conformadora de los detalles más pequeños. Cualquier estudio o investigación emprendida, precisa de esos elementos necesarios de toda formulación verdaderamente científica aplicable al desarrollo de los fenómenos a través de sus etapas históricas, hacia la efectiva comprensión de los documentos hallados o ante la aparición de otros nuevos. Esto indica lógicamente la necesidad de nuevas perspectivas para la interpretación del pasado. Para ello se hacía necesario contemplar la faz del país desde puntos de vista bien distintos de los habituales.

Una posición semejante implica la renovación de una problemática de profunda raigambre planteada a cada instante, a pesar de la ignara y dañosa indiferencia de varias generaciones; las consecuencias de esta actitud son claras: la descaracterización de la nacionalidad.

Urge, en una nueva etapa de nuestro desenvolvimiento cultural, la inmediata adecuación. Es preciso percibir las realidades más profundas de nuestro suelo y buscar sus más recónditas palpitaciones.

En "Música Tradicional Argentina, Tucumán, historia y folklore" (Universidad de Tucumán, 1946), Isabel Aretz-Thiele replantea el problema y consagra su volumen, en particular, al estudio de las manifestaciones supervivientes de la música y poesía de Tucumán. En efecto: fué esta región activo centro de la vieja cultura criolla, pues sobre ella incidían renovadas influencias provenientes de Lima, asiento a la sazón de una corte virreinal. La gravitación limeña se extendía sobre gran parte de nuestro país y las exteriorizaciones artísticas de sus salones perduran actualmente en el norte argentino. También es dable la captación de arcaicas manifestaciones indígenas en sus cantos peculiares (Bagualas) con letra en español ora informe, ora con forma estrófica determinada. Estos cantos acompañados con caja "constituyen probablemente la manifestación musical más curiosa de la provincia" y sus ecos pueblan la atmósfera de los valles. Las manifestaciones artísticas propiamente criollas se recogen en especies desvanecidas por el largo rodar o en otras vigorizadas por la recreación. Se hallan también aires de flauta correspondientes a un estrato indígena, destinados a acompañar procesiones de santos, y además cantos religiosos y rondas infantiles pertenecientes a un cancionero europeo. Por vez primera aparece publicada tan rica colección folklórica de setecientas noventa y cinco melodías con minucioso análisis de cada especie en particular y precisos detalles recogidos en el terreno respecto de las formas poéticas y coreográficas. Integran el volumen antecedentes arqueológicos e históricos sobre actividad musical en la provincia y un erudito capítulo sobre los instrumentos de la región. Isabel Aretz-Thiele consagra con la presente obra sus actividades. En ella su animadora ha captado cuantas sugestiones del agreste contorno alcanzó su agudizada percepción de investigadora y su vigorosa personalidad de artista. La autora ha encuadrado sus investigaciones dentro de las doctrinas de su maestro profesor Carlos Vega, nuestro primer musicólogo, en todo lo referente a métodos estrictamente musicológicos y planteamiento histórico de las vivencias musicales. Sucesivas promociones europeas desde los salones coloniales limeños han sido irradiadas a nuestros salones provincianos y desde allí han descendido al estrato social inferior e integraron sus bienes. Este hecho constituye lo folklórico. Por esta razón no es posible identificar en modo alguno lo popular español con lo criollo, hasta en los instrumentos musicales mismos, (aquí no se hallan ni pandereta ni gaita ni castañuelas). La música argentina, más auténtica, la de Cuecas, Vidalas y Estilos ofrece caracteres tonales, rítmicos y armónicos los cuales sólo se dan conjuntamente en nuestro ambiente y afirman así lo criollo en su específica singularidad.

Para integrar el aspecto estético, el presente volumen ha sido completado con una selección de dieciocho melodías armonizadas para canto, piano o conjuntos instrumentales, dentro de los caracteres propios de cada cancionero y a la vez con detalles de insospechado refinamiento.

Podrán abrevar en esta obra quienes ansiosos de renovados panales para volcar su miel se sientan identificados con el profundo sentido americanista de su autora. Por ello, sentimos en nuestro interior, como si el velo de un alba se rasgara ante una aurora luminosa entre agrestes serranías.

Mario García Acevedo.

LO QUE ESTA PASANDO

Algo semejante a lo que ocurre con las cosas que abarca nuestra mirada: que menos reparamos en ellas cuanto más cerca están del lugar en que nos hallamos colocados, acontece, también, con todos los asuntos humanos.

La tendencia utópica del hombre le incita a escrutar en el punto más lejano que el horizonte de su vida le presenta: en el extremo porvenir o en el remoto pasado. De esas fuentes temporales contrapuestas se nutren, respectivamente, reformistas y reaccionarios. De ahí la "rareza" del sentido histórico, que no es sino visión segura del cruce en que esas grandes rutas contrarias se juntan. La política, en su modalidad más rigurosa, acaso no sea sino "especie" del "género" *sentido histórico;* una especie que refiere este último a la acción del Estado. Y político, el hombre que desde el Estado, o en vista de él, sabe discernir la presente coyuntura histórica. Los que disponen de tan excepcional dote suelen encontrarse en la tragicómica situación de quien, en medio de una multitud, que estúpidamente mira hacia arriba en busca de algo que no existe, siéntese impotente para hacerla advertir que el objeto de su busca está allí, a sus pies, en el suelo que pisa.

Con los argentinos actuales pasa algo semejante. También nosotros lo esperamos de utópicas lejanías. Salvo que, mientras para unos la cuestión radica en conseguir —"cueste lo que cueste y caiga quien caiga"— una perfecta justicia social, para otros, por temor y con el pretexto de fascismos, nazismos y falangismos, todo lo bueno pende de la aplicación lisa y llana de la letra democrática. (Aunque no tan absoluta esta aplicación que el elegido en sufragios libres resulte, a la postre, un no-democrático). Mas, lo que de veras acontece, a todos escapa. Tiene lugar, sin embargo sobre el suelo mismo que pisamos. En efecto, en el largo empeño que ha sido —en el arduo que es, que seguirá siendo— la formación de la nacionalidad argentina, hemos llegado a um momento, a un lugar histórico crucial. Asistimos a la aparición en el haz del presente de una nueva nota, de un nuevo rasgo indeleble de nuestro ser nacional. Y, créase o no, frente a tal acontecimiento, los otros, todos los otros: el peronismo, las revoluciones militares, las uniones democráticas no son sino transitorias anécdotas, efectos o, a lo más, ilusorias causas de un estado de cosas que por lo vasto, por lo trascendente hará que en muy poco tiempo tales anécdotas y episodios semejen no acontecidos.

De ahí que cuando se ha querido explicar la actual situación argentina por razones meramente políticas, por unas razones políticas vetustas y sin vigencia ya en nada ni en nadie, nosotros, desde las páginas de esta revista, hayamos destacado el aspecto social del problema argentino. Como no podía menos de serlo, la crisis de convivencia que hoy padece el mundo repercute también aquí. Por lo tanto, el empecinamiento en mantener vigente, contra viento y marea, el esquema político democrático, sin dar siquiera entrada a preocupaciones y realidades nuevas, no hace sino agudizar esa crisis. Hemos hablado, pues, de crisis social. Pero con ello no sólo decimos poco, sino que sería erróneo darle el alcance de un afirmación absoluta y desesperada. No. Al hablar de crisis social sólo queríamos, sólo queremos, referirnos a que en lo social radica nuestra dolencia. Nos limitamos, pues, a localizarla. No decimos ni qué sea esa dolencia, ni menos que se trate de un mal sin remedio. Más, y si se nos apurase, diríamos que lo que al pronto aparece como dolencia y enfermedad, no es en última instancia sino malestar pasajero que se origina en no haber encontrado nuestras nuevas energías sociales cauce adecuado en qué verterse; con otras palabras, porque los argentinos no hemos atinado con unas formas políticas —Nuevo Estado— que vengan a expresar cabalmente lo social inédito.

Tan es así la realidad, que aun los acontecimientos más inequívocamente negativos de los últimos años, los que considerados en sí mismos serán siempre inaceptables: la ruptura de relaciones, la declaración de guerra, se consumaron en momentos en que, si bien se mira, no podían ya detener el seguro avance de nuestra voluntad de afirmación nacional.

Como el dios Jano, el presente argentino tiene, pues, dos caras, dos aspectos. El uno —negativo— consiste en la supervivencia inerte de un planteo político perimido; el otro —positivo— radica en la aparición inequívoca de una voluntad pública de convivencia en lo nacional. Sólo de quienes sepan atinar con una fórmula política en que esa voluntad tenga amplia, generosa cabida, será el porvenir.

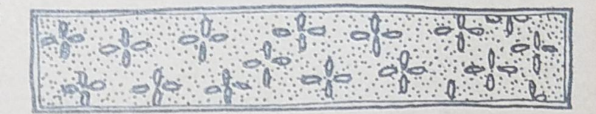
Pero, obsérvese bien, tanto daña a lo que hay de afirmativo en la situación descrita el afán estéril de seguir en lo viejo, como el de violentar lo nuevo, empeñándose en expresarlo parcial y apuradamente. Empeñándose, por ejemplo, en llevar adelante reformas sociales y económicas que sólo tienen en vista una porción del problema nacional.

La operación más delicada que imaginar cabe: el alumbramiento —verdadero parto de los montes— sobre el haz del presente histórico de un nuevo rasgo de nuestro propio ser, de un nuevo paso hacia nuestro propio destino nacional, es, pues, el episodio ingente al que, sin darnos cuenta, asistimos.

De ahí que por excepción y en vista a la enormidad del hecho lo audaz, lo revolucionario sea hoy *lo discreto.* Porque no se trata de hacer triunfar tal cual idea, tal cual medida de justicia, tal cual buen sentimiento humanitario. De lo que se trata en verdad es de contribuir a que se incorpore a la marcha viva de la historia una nueva expresión de lo nacional argentino.

Como en otra Arca bíblica, sólo en la comunidad nacional renovada y fortalecida podrán salvarse y progresar los distintos intereses que hoy, estúpidamente, dividen a los argentinos.

MÁXIMO ETCHECOPAR.



RELIGION

A los jóvenes católicos del país reunidos en el Congreso de la Juventud.

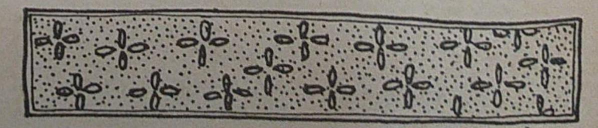
Dos siglos hace, que el liberalismo viene disolviendo las antiguas y magníficas sociedades cristianas, en las que se han guarecido los valores humanos y divinos que han dignificado la tierra. Pueblos, otrora esplendor de cultura, yacen hoy desarticulados, reducidos a polvo casi, presa del materialismo, que se presenta agresivo en el comunismo ateo o busca infiltrarse disimuladamente en el sutilísimo liberalismo humanitario de los pueblos anglo-americanizados.

Pero Cristo no ha muerto; vive aun en medio de las deshechas sociedades. Y, a la vista y estupor de los corifeos de la impiedad, los pueblos, lánguidos y abatidos, vuelven su mirada a la Iglesia Católica, signo de salud, levantado en medio de las naciones.

También nuestra querida Patria, donde el sectarismo venía cumpliendo, con indefectible seguridad, su programa de descristianización ha expresado, de manera categórica e inconfundible, su voluntad inquebrantable de pertenecer a Jesucristo, su Rey y Soberano. Pese a la educación laica de la escuela y de la universidad que ha envenenado a millares y millares de inteligencias y de corazones que pertenecían a Cristo, pese a la universal corrupción con que la propaganda asalariada ha inficcionado las articulaciones de nuestra vida social; nuestra juventud, la flor de la juventud argentina, la juventud de estudio y de trabajo, reitera el propósito de mantener viva la Fe de nuestros Padres.

Los jóvenes católicos de hoy, ya no se avergüenzan como antaño de su Fe, al contrario de tal suerte se enorgullecen de ella, que los enemigos para infiltrarse en medio de ellos y enervarlos, se transfiguran en cristianos con un catolicismo socialoide y dulzón. Táctica hábil que si no deja de atrapar incautos revela la fuerza que la profesión católica ha alcanzado en las novísimas generaciones.

Miles y millares de jóvenes se dan cita, estos días, en nuestra gran Ciudad, para proclamar que la juventud argentina no sólo quiere salvarse ella en la Verdad, sino que también quiere la salud de la substancia de la Patria. Para que este entusiasmo no sea malogrado fruto, reflexionen los jóvenes, reflexionen sus dirigentes cómo la tarea de cristianización de la Sociedad y del Estado argentino descansa sobre todo en la conquis-



MUERTE DEL

Certero fallo el de Saturno que —en la vieja fábula latina— entrega de por vida el hombre a la inquietud. Por eso, porque vivir es estar alerta, siempre se ha sentido la humana criatura a la intemperie: asombro ingenuo del antiguo, enterada vigilia del cristiano, angustia lacerada del moderno.

Pero reservado estaba a estos siglos el dar a luz un tipo de hombre que no se sintiera radicalmente incómodo. La Edad Burguesa, ya en irremediable decadencia, nos dejó el hijo de la vejez que de ella

FIGURON

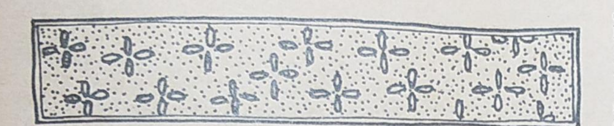
podía esperarse: altivo y soberbio, el figurón se dispuso a recibir —encubriendo satisfacción tras gesto nietzscheano— el homenaje de la plebe. Condescendiendo, eso sí, —comodidad arguye vacío— a ensayar ante su público, y con cualquier pretexto, siempre idénticos discursos, fácilmente intercambiables, combinaciones todos ellos de los mismos elementos: libertad, democracia, progreso.

Santo laico de un tiempo sin estilo, el figurón, no pudiendo encargarlo en Bond Street, ni siquiera comprarlo hecho en Gath y Chaves, debió fabricarse una manera. Porque el figurón es al prócer lo que la manera al estilo: un *ersatz*. Y la manera es al figurón lo que el estilo al prócer: su esencia. La manera del figurón —esa manera que lo hace inteligible y ridículo— es, o mejor dicho fué la respetabilidad; el cultivo sistemático de ésta, su más íntima razón de ser. Por eso ha muerto el mismo día en que la gente dejó de creer en su respetabilidad.

La muerte del figurón es algo definitivo, no invalidado por el hecho de que anden por peñas y capillas estrafalarios individuos que lo parecen. No hay tal: se trata de seres imaginarios. Cuando una generación está compuesta por trece, inventan otro para quebrar el número fatídico. Y no se diga que Europa, esa peninsulita, es, al fin de cuentas, un invento griego, porque Europa traía algo dentro, y tuvo la suerte de que hace veinte siglos a unos pescadores se les ocurriera informarla, —no se trata de las informaciones de "La Prensa"— tanto como para dar que hacer a Belloc. Cosa que es difícil ocurra con estos señores.

El figurón ha muerto, y como no ha muerto en olor de respetabilidad, él, que trabajó de monumento en vida, no tendrá su monumento de mármol, no disfrutará siquiera la fácil gloriola que tan generosamente conceden las maestras normales. Todavía se hace la ilusión de vivir, porque la marcha perezosa del tiempo le permite seguir encarnado en algunos fantasmas marchitos de prócer, en algunos aspavientos inverosímiles de maestro. Pero de hoy en más, perdida hasta la posibilidad de pedir y dar empleos, a esos tristes rezagados ya no les queda sino un vivir sobrante, un ocioso residuo de tiempo. Y el día en que mueran también carnalmente, comprenderán que han cometido la última, inexorable redundancia.

SIMÓN DE BEAUREGARD.



Y VIDA

ta para Cristo del medio OBRERO *y del medio* INTELECTUAL.

Compréndese esto fácilmente si advertimos que las modernas sociedades, al ser destruídas por el liberalismo, han perdido sus conexiones orgánicas. Sólo existen como inmensas masas informes, que se apelotonan de preferencia en las ciudades, llenando fábricas y oficinas. La gravitación social pesa cada día más fuertemente sobre los obreros y los pequeños empleados.

He aquí porqué los dos grandes y antagónicos actores del drama del momento presente —la Iglesia y el comunismo— luchan por la conquista del obrero. He aquí, porqué también, la labor en medio de ellos, suscita fervor y porqué ha sido apoteósica la gira por América, desde Canadá a la Argentina, del gran apóstol obrero, el Canónigo Cardijn.

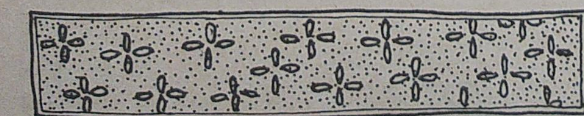
Pero el apostolado obrero, así a secas, no basta. El obrero suministra un material de actividad que debe ser INFORMADO. *Y sólo la inteligencia, pone orden y forma. El liberalismo ha destruído las estructuras y jerarquías sociales; pero no ha podido destruir la fuerza de la inteligencia humana. Y quien conquiste hoy la inteligencia, ha conquistado la sociedad futura.*

Sábelo bien el enemigo de nuestra Fe y por esto desarrolla incansable actividad en los medios universitarios y publicitarios. Sábelo bien la Iglesia, cuyos triunfos, en los tiempos antiguos, se los han reportado sus gloriosos Doctores, y, en los modernos, si ha vuelto a recuperar influencia, es porque antes, ilustres pensadores han restaurado la fuerza vital del pensamiento tomista. Y en nuestro país, no podemos olvidar que las conquistas en masa que realizó la Acción Católica primero, allá por 1930, y el inolvidable Congreso Eucarístico de 1934 después, fueron precedidas por la rehabilitación de la inteligencia católica, que, un decenio antes, venían efectuando los Cursos de Cultura Católica, los cuales, por vez primera en nuestro medio, hicieron sentir la fuerza irresistible de la Verdad sobrenatural.

La Religión debe conquistar la Vida. Y la Vida, hoy, discurre en las grandes masas que laboran en nuestras fábricas y oficinas y que cultivan nuestros campos. El obrero, el pequeño empleado y el campesino, he allí la fuerza irresistible de la sociedad moderna. Pero esta masa, a su vez, es movida por pequeñas minorías intelectuales.

Por la conquista, pues, de la Inteligencia y del Trabajo, la conquista de la Vida moderna para Cristo.

BALCÓN.



ANTROPOLOGIA FILOSOFICA

El tema del hombre concentra en torno de sí toda la especulación filosófica. Porque siendo el hombre compendio del universo e imagen de Dios, la posición que frente a él adopte la mente humana, implicará asimismo la que adopte frente al mundo y frente a Dios. De aquí que la "Antropología Filosófica" que Ernst Cassirer nos ha dejado, como fruto maduro de intensa labor intelectual, encierre lo más expresivo de su pensamiento, tan laboriosamente consignado en su gran obra "Filosofía de las Formas Simbólicas".

Las múltiples y diversas manifestaciones de la vida humana que se expresan y contienen en una cultura determinada —p. ej.: *La Ilustración*, para referirnos a una expresión cultural tan prolijamente estudiada por Cassirer— comportan, sin lugar a dudas, una unidad. Pero el problema se torna interesante, cuando se trata de determinar la naturaleza de esta unidad, vale decir, qué implicaciones importa en la realidad misma del hombre. Veamos cómo se explica Cassirer. La filosofía de las formas simbólicas, dice en su *Antropología*, pág. 133, parte "del supuesto de que, si existe alguna definición de la naturaleza o esencia del hombre, ésta debe ser entendida tan solo como una definición *funcional* y no substancial. No podemos definir el hombre mediante ningún principio inherente que constituya su esencia metafísica, ni tampoco por ninguna facultad o instinto congénitos que se le pudiera atribuir por la observación empírica. La característica sobresaliente y distintiva del hombre no es una naturaleza metafísica o física sino *su obra*. Es esa obra, el sistema de las actividades humanas, lo que define y determina el círculo de humanidad. El lenguaje, el mito, la religión, el arte, la ciencia y la historia son otros tantos "constituyentes", los diversos sectores de este círculo. Una filosofía del hombre sería por lo tanto, una filosofía que nos proporcionara la visión de la estructura fundamental de cada una de estas actividades humanas y que, al mismo tiempo, nos permitiría entenderlas como un todo orgánico. El lenguaje, el arte, el mito, y la religión no son creaciones aisladas o fortuitas. Se hallan entrelazadas por un vínculo común. Pero no se trata de un vínculo substancial, como el concebido y descrito por el pensamiento escolástico, sino, más bien de un *vínculo funcional*.

Esta definición *cultural* del hombre, intentada por Cassirer en un esfuerzo por superar la vieja definición aristotélico-tomista, mide lo que de valioso y débil encierra su concepción y método filosófico. De valioso digo, porque el conocimiento de la obra del hombre, totalizada en la unidad funcional de una cultura, y mejor aún, en el desenvolvimiento de las culturas que han dejado su huella en la historia, nos ayudan a comprender, en toda su abarcadora amplitud, las posibilidades concretas de la especie humana. Cassirer, al estimar como patrimonio exclusivo del hombre lo que él llama su pensamiento *simbólico* con toda la riqueza de cultura que este vocablo encierra, ha señalado el abismo insalvable que media entre él y las otras especies animales.

De débil, digo sin embargo, porque Cassirer juzga que esa obra cultural del hombre, y sólo ella, le define y constituye. Cassirer pareciera oponer lo "funcional" a lo "substancial", la cultura a la realidad metafísica o física del hombre. Pero ninguna unidad o vínculo *funcional* tiene sentido si no se admiten realidades que *funcionen;* si no se admiten unidades reales, que sean centro y principio de unificación de la obra que se realiza. La cultura que nos revela la naturaleza del hombre, como el efecto manifiesta la causa, supone su realidad substancial, tanto en el plano físico como compuesto de cuerpo y alma, cuanto en el plano metafísico, definido como animal racional. La cultura no constituye sino que supone una antropología y la antropología supone y está suspendida, en el orden ontológico, de una metafísica.

Los principios primeros de los seres y del conocimiento, es cierto, no nos descubren el hombre y, mucho menos, nos revelan su inexhaustiva realidad. Pero toda la observación de la obra cultural

del hombre, por exhaustiva que se la suponga, es, a su vez, radicalmente incapaz para descubrirnos la más ínfima realidad del hombre si aquellos primeros principios del *ser* y del conocer no la mueven y dirigen. Tan cierto es ello que la misma obra de Cassirer en lo que puede significar de positivo aporte cultural ha de ser interpretada con referencia al ser. Porque lo que no es ser, es nada y la nada, nada es.

Los supuestos kantianos vician toda la obra de Cassirer. ¿Qué son, en efecto, estas funciones que ni son substancia ni se apoyan en realidad substancial? ¿Cómo se mueven sino se asigna el principio eficiente y el final de su movimiento? Toda antropología es radicalmente imposible, aún en la comprensión de sus meros aspectos culturales, en caso de que pudieran ser estos desgajados de la realidad substancial del hombre, si no se tiene presente que la perfección *cultural* se funda en perfección *substancial* del hombre. Santo Tomás lo ha dejado consignado en forma decisiva e irrebatible, cuando escribe: "Debe decirse "que hay dos clases de "perfección de una cosa: prime- "ra y segunda. Por la primera es "perfecta la cosa en su substan- "cia; perfección que es la forma "del todo, que resulta de la in- "tegridad de las partes; la segun- "da, es el fin, que consiste o bien "en una operación, como del ci- "tarista, el tañer; o en algo a que "se llega por la operación como "la casa construída es el fin del "constructor. Mas, la perfección "primera es causa de la segunda, "puesto que la forma es el prin- "cipio de la operación. Así, pues "la perfección última, que es el "fin del universo entero, consis- "te en la bienandanza de los san- "tos y se realizará en la consu- "mación del tiempo; más la per- "fección primera cifrada en la in- "tegridad del universo quedó con- "sumada en la primera institu- "ción de los seres." (*Sum. Teol.* I, 73, 1).

Cassirer que no ha sabido liberarse de las redes del idealismo kantiano ignora esta doble perfección del hombre. Aquella perfección primera que es natural y sobrenatural porque tal salió el hombre de las manos del Creador; la natural que conoció la filosofía griega y que tan maravillosamente nos transmitió Aristóteles con su teoría del alma intelectiva, forma del cuerpo orgánico y aun aquella perfección sobrenatural conque, por encima de las exigencias naturales, quiso Dios agraciar al hombre, y de la que se ocupa la teología. Ignora asimismo la perfección segunda que consiste en el acrecentamiento intelectual, moral y artístico del hombre y que se mide por relación a los dos fines supremos, natural y sobrenatural, a que ha sido destinado.

Este fin constituye precisamente la regla de valoración de los materiales que nos ofrece la actividad cultural del hombre. Si se ignora el fin que ha de poner en marcha el funcionamiento antropológico, cualquier funcionamiento es igualmente legítimo y valioso. Es lo que ocurre precisamente en la obra de Cassirer que comentamos. Todas las manifestaciones de la vida humana, mito, religión, lenguaje, ciencia y arte de las más diversas civilizaciones parecieran situarse en un mismo y único plano de valoración. Y si hubiere de admitirse una jerarquía de diferenciación, lejos de favorecer a la religión verdadera, y aun a la ciencia, al arte y al lenguaje verdadero, vale decir, a aquellas que verdaderamente perfeccionan al hombre porque le conforman con el fin —fuera y por encima de él— para que fué creado, favorecería a las falsas y funestas. Porque para Cassirer "la cultura "humana, tomada en su conjun- "to, puede ser descrita como el "proceso de la progresiva autoli- "beración del hombre. El lengua- "je, el arte, la religión, la cien- "cia constituyen las varias fases "de este proceso. En todas ellas "el hombre descubre y prueba un "nuevo poder, el de edificar un "mundo suyo propio, un mundo "ideal." (*Antropología filosófica*, 412).

Si el hombre fuera Dios, esto es, si tuviera dentro de sí el principio y el fin de su existencia, podría darse el lujo de hacer consistir la razón de su ser en "edificar un mundo suyo propio, un mundo ideal"; pero si por naturaleza es un ser "religado", en frase de Zuviri, su actividad sólo le dignifica, sólo puede estimarse *cultural*, cuando se endereza hacia Aquel que es principio y fin de su existencia.

Julio Meinvielle.



L I B R O S

Génesis de las Revoluciones, versión española por Juan de la Cierva de "Agustín Cochin et la génése de la Revolution, *por Antoine de Meaux*.

Agustín Cochin y los continuadores de su obra han encarado con certero valor el estudio de los orígenes y del desarrollo de la Revolución francesa, y, al mismo tiempo, han dado la clave no sólo para investigar cuantos motines o revueltas han proseguido la obra esencialmente anticristiana del movimiento de 1789, sino también para valorar en sus justos alcances el estado religioso, político y social de este ya asfixiante mundo contemporáneo. La obra subterránea de los primeros masones que en Francia comenzaron a imponer el filosofismo en la vida real; el artero proceso mediante el cual en logias y sociedades de "pensamiento" terminaron por forjar un "estado de opinión" que luego impondrían a todo el país, y las maquinaciones de que se valieron para quitar cualquier sello personal a sus imposiciones; en una palabra, todo esa arte diabólica por la cual llegaron a tiranizar a las muchedumbres en nombre de sus propios derechos, ha sido puesto a la luz del día por estos auténticos eruditos de la historia de Francia. Y así, gracias a su paciente labor, hoy ya no es un secreto que los mil y mil charlatanes de que hablara Henri Béraud fueron, a través de una generación de burgueses logistas, el eco vacío y estúpido de los escépticos y los bromistas de alto copete a que se refiere Meaux.

Pero tan importante tarea tendría que ser completada en extensión y en profundidad. Mejor dicho, sería menester seguir el hilo fuera de las fronteras de Francia, fuera de los confines de Europa, y buscar luego su punto más allá del filosofismo, más allá de la Reforma, más allá del crimen de Caín y de la prevaricación de Adán, para dar con la mano del primer Rebelde que comenzó a devanarlo. Veríase entonces cómo la técnica con que se manejara a las minúsculas asociaciones del ochocientos es substancialmente la misma con que al siglo siguiente se gobernó a los incautos de "comités" y con que se domina aún hoy a las masas informes que aplauden en las plazas públicas, votan en los comicios y mueren en las barricadas. Veríase cómo la opinión impersonal, sin editor responsable, impuesta en logias, clubs, villas o ciudades, tan solapada y sutilmente que hasta el último mentecato se convence de que es "su" opinión de "ciudadano", ha ensanchado ahora su círculo y ha multiplicado hasta el infinito el número de sus pacientes que día a día la digieren sin dificultad alguna porque, hecha ya bolo alimenticio, personajes anónimos se la suministran por medio de editoriales periodísticos, de difusiones radiotelefónicas o de cualquier otro de los tantos instrumentos de publicidad que nos agobian. Veríase cómo el deísmo rousseauniano y la majadería de la bondad natural del hombre están en la raíz de las más expresivas manifestaciones de la "inventiva" religiosa de los pueblos que hoy imperan sobre el mundo occidental: el "cristianismo" delincuescente de la amistad fraterna y democrática, la *christian science*, y ese afán de igualar las sectas heréticas con la verdadera fe. Y veríase, finalmente, cómo el príncipe de los rebeldes fué el primero en alzarse contra la autoridad que viene de lo alto, el primer gobernante que ejerció su poder desde abajo y también el primero en tiranizar a los imbéciles, a los ambiciosos, a los soberbios

que quisieron tenerle por jefe voluntariamente acatado y concientemente elegido.

He aquí algunas de las muchas sugerencias de este pequeño libro de Antoine de Meaux y de la inteligente adaptación de su título, que acaba de llegar de Madrid editado por Epesa en la sección de Temas Actuales que dirige nuestro amigo Alfredo Sánchez Bella.

Boanerges

MISIÓN DE LEÓN BLOY. *Por Stanislao Fumet.* Traducción de Antonio Guruchani. Un volumen de 277 páginas. Edición Desclée de Browers. Bs. As.

Stanislas Fumet ha escrito el libro que nos ocupa, con la intención de ofrecernos una imagen auténtica de León Bloy. Ha querido ser justo, y lo ha conseguido, mostrándonos a plena luz al extraordinario escritor francés, cuyo aspecto puramente humano, el religioso y el literario, están armonizados con un exacto sentido de la proporción, y estudiados profundamente.

Para considerar la misión de León Bloy, accedemos al luminoso recinto de su vida religiosa; y allí nos encontramos, no sólo con la magnífica lección de su ejemplo, sino con la clave que nos revela claramente el hondo sentido de su vida y su obra. Conociendo su vinculación con lo Absoluto, nos explicamos su actitud frente a lo relativo.

Fumet, no se dedica a estudiar detalladamente la biografía del "Peregrino del Santo Sepulcro". Lo hace a grandes trazos, sin recargo de inútiles detalles pero sin olvidar relaciones de gran importancia, como su amistad con el Padre Tardif de Moidrez, y su aventura con Ana María Roulé (la Verónica de "El Desesperado"), que ejercieron decisiva influencia en su pensamiento.

El libro, nos va colocando sucesivamente frente a las distintas concepciones de León Bloy, en materia teológica, social, histórica, amatoria y artística, para afirmar en definitiva la existencia de una misión Providencial, confiada al personaje, y que surge con clara evidencia, a lo largo de su vida combativa y generosa.

Por cierto que el libro deja mucho de positivo. Aclara aspectos sumamente interesantes en la idea y la acción de este católico ejemplar. Pero en su afán de ser ecuánime, Fumet adopta una posición algo fría, que no llega sino en muy contadas oportunidades a hacernos sentir debidamente, la emoción de una lucha estupenda, cuyo valor perdura todavía, porque las palabras encendidas de León Bloy, conservan toda su vigencia en nuestro tiempo.

Fumet, hubiera contribuído talvez con más eficacia al éxito de la misión que él mismo señala, si en vez de tratarla con tanto sentido analítico, en una prosa levemente retorcida, nos hubiera hecho participar un poco más de su doliente grandeza, del diáfano llanto vertido por aquel rebelde, que no se cansaba de lamentar la pérdida del Paraíso, ni de alabar su esperanza.

León Bloy, adivinaba el porvenir de un pueblo que había desalojado de su pedestal a Juana de Arco, para colocar sobre él a Mariana, y adivinaba el porvenir de un mundo, que del seno impúdico de Mariana bebía ávidamente su leche de apostasía liberal.

Sin embargo, no huyó de su tiempo. Estuvo muy presente en él, como lo está en el nuestro. Supo asumir su destino como un cruzado, y seguro de perecer en la empresa, acometió a la mole de la burguesía y le asestó su mandoble de Campeón de la Caridad.

Y esta es la parte que desgraciadamente no destaca en su verdadero valor el libro de Fumet, aunque posiblemente, la ola de sangre que anunciaba el Desesperado, haya mojado alguna de sus cuartillas.

Jorge Adolfo Mazzinghi

M I R I L L A

Cómo andan las cosas en esta Conferencia de París, parece que la futura paz sólo podrá arreglarla una próxima guerra. Es inútil: los conferenciantes no se entienden... o se entienden demasiado; pero el hecho de que el público queda a oscuras es tan cierto como de que de la disensión no nace la luz.

Todo el mundo ¿y por qué no? creía que los representantes de los 4 grandes y de los 17 pequeños iban a ponerse a estudiar el arreglo del mapa-mundi. Quedaba muy bien eso de una asamblea importante discutiendo mano a mano los problemas comunes. Qué lejos se veían los tiempos en que los vencedores se entrecomían o bien se comían solos o mejor se calzaban a solas el botín de las guerras. Ahora, nada de pactos secretos, nada a media luz, pues esta época vería inaugurarse la verdadera democracia, la internacional, anticipo del super-estado. Cada nación en igualdad de derechos aportaría sus sugestiones de modo que todas las pasiones encontradas tuvieran su cauce en la confrontación de opiniones libremente expresadas en pro de una humanidad triunfante del nazi-fascismo. ¡Nada de preeminencias, hegemonías ni *ejemanias!* El amor a la justicia, *hobby* del anglosajón, la generosa comprensión y la característica inteligencia de la dulce Francia, junto con el telúrico sentido de libertad de la mártir Rusia, esas tres fuerzas, vivitas y coleando, condescendían en sentarse con otros pueblos más chicos, sí, pero tan amantes de la paz como ellos, en torno a una mesa común de deliberaciones pacíficas. *Nunc dimittis.*

Pero todo fué sentarse y comenzaron las patadas entre los grandes asistidos por sus respectivos chicos. Es que el esquema mismo de esta reunión ya anticipaba su fracaso. Veamos por qué.

Los cuatro grandes, Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y Francia, que en teoría son cinco con China, son en realidad dos: Estados Unidos y Rusia. Esa *pentatetrabilogia* está asistida por el Consejo Permanente de las Naciones Unidas, instituído por once naciones, incluídas las nombradas que, a su vez, funciona en conexión y por voluntad de la UN (rodeo de 50 países incluídos los nombrados). Las determinaciones deben ser aprobadas por ese Consejo y aprobadas en definitiva por la plebe de la UN. Nada más perfecto como construcción artificiosa. Pero he aquí que sólo 21 de entre las naciones son consideradas victoriosas: las 5 nombradas, con Bélgica, Holanda, Grecia, Etiopía (!), Brasil y Noruega, más 5 colonias y/o dominios británicos y 5 territorios pro-rusos. Entre éstos para mayor esplendor de la hipocresía, notamos la presencia de Ucrania y Rusia Blanca o Bielorusia, dos pedazos de ese todo inmenso y unificado a hoz y martillo que es Rusia Roja y que figuran como naciones con toda la barba (En una próxima conferencia panamericana mandaremos representants del Chaco y de la Patagonia).

Toda esa mitología se está moviendo, en realidad, en torno y bajo la dirección de dos dioses, Byrnes y Molotov, uno con el rayo de nuestra conocida bomba atómica y el otro, a falta de otras fuerzas desintegradoras, con el comodín del veto. Ambos tienen a su cargo los *solos* de la cantata que los otros acompañan *boca chiusa*, dentro de un *monotema* con variaciones, acerca de cómo deben hacerse las "recomendaciones" ante el Consejo. De eso entendemos mucho por estas tierras. Veamos en qué consiste ese problema del que hablan exclusivamente desde hace dos semanas.

El tema de la tragedia es éste: Rusia, a pesar del injerto de Molotov, sólo puede conseguir 9 votos: siete paneslavos y los de China y talvez Noruega. Los occidentales, con las colonias y/o dominios, tienen justito los 12 restantes, es decir, mayoría estricta. ¿Qué se le ocurre al sutil Molotov? Pues, inventa la teoría de que las recomendaciones debieran adoptarse, si fuera imposible la unanimidad, por lo menos, por los dos tercios, es decir, por 14 votos; número que ni raptándoselo a Noruega pueden conseguir los partidarios del dios Byrnes. Lo curioso es que como lo hizo notar éste, entre risitas del auditorio, la determinación de los dos tercios, tendría que venir a ser



adoptado por mayoría, procedimiento que no deja de ser un hermoso contrasentido.

Y ¿para qué toda esta puja por dos votos, inesperada pero matemática diferencia entre mayoría y dos tercios de 21, desde que no hay medias naciones confesas? Pues para impedir que la ya marcada tendencia antirusa pueda hacer sus recomendaciones ante los 4 que eran 5 y que son 2, quienes, a su vez, deben presentarlas a los 11 y éstos llevarlas a las 50 para que las aprueben. ¡Qué miedo les tendrán a esas recomendaciones para que armen tal albórbola por dos inocentes votos!

En uno de los momentos más patéticos y un poco envalentonado por la razón que le asiste, Byrnes desafió al ruso a que no publicarían su discurso los diarios de Moscú. Ante la expectativa de la asamblea por tan tremenda audacia, Molotov como quien se saca personalmente una muela, le dijo que a que sí y todos aplaudieron pasmados por esa prueba de libertad de prensa en la calumniada Rusia. Lo más extraordinario del caso es que, en efecto, se publicó —dice la crónica de varios días después— el discurso de la apuesta. Nuestra desconfianza metódica lo duda, sin embargo, y sugiere al inocente Byrnes que investigue tan extraordinaria prueba de libertad de información en aquel infierno de esclavos. No vaya a ser que hayan impreso un solo ejemplar del diario (y ahorcado luego al tipógrafo) para ganar la apuesta.

Clemente Espejo.

DIARIO DE UN BUZO

Lunes.—Un amigo nuestro, a quien cordialmente estimamos y con el cual de generación en generación solemos discutir, hoy, por enésima vez nos ha lanzado al rostro su fulminante aserto, su profecía lóbrega.

Sabe mucho, tiene ardua experiencia nuestro admirado amigo. Por eso, aunque por momentos percibamos que su voz desentona, que su rima se envilece y degrada en ripios, siempre recojemos con cuidado en la memoria sus palabras para meditarlas y volver sobre ellas, luego; para que si encierran moraleja, si sueltan pasión, el sentido, la riqueza del sentido, en ningún caso se nos escape.

Y este hombre inteligente y recio, con el que cuesta demasiado disentir, nos repite con temática insistencia una versión peyorativa:

—El 4 de Junio es una calamidad bíblica, las plagas todas del Egipto. No hay tal revolución si por revolución se entiende vida nueva. Lo que hay es media vuelta o vuelta y media a la pigricia radical. El famoso temperamento radical que consiste en llorar con la inmigración sobre el cadáver del gaucho Martín Fierro. Pero un radicalismo que se quita la camisa del efluvio compadre, que huele con soberano oler. Y pega el grito desde el muladar: ¡Yo soy el buen ladrón! ¡Yo soy el poeta! ¡Yo soy la moral! ¡Yo soy el país!

Mas cuando al río bajen a beber las vacas macilentas, cuando las espigas ruines sofoquen las mieses, entonces veremos cómo queda el país, pagaremos el precio del plebeyo jolgorio. Y se verá también lo que resulta de hacer hijos naturales fascistas a mala madre democrática — repugnante hibridez.

Por cierto que no supimos oponer de nuestra parte ninguna seguridad de buen zahorí al presagio inquietante. Pero nos pusimos fuertes en punto a dialéctica y con fe y buena fe alegamos:

—Cuando te oigo hablar se me representa la anécdota de Boabdil llorando ante su perdida Granada. Siempre hay en toda lucha política un Boabdil que se duele, arrojado de la arena, un rezagado que sufre no porque su desastre fuese inevitable sino porque, al contrario, a su tiempo, pudo muy fácilmente haberlo evitado. Y este advertir la NO FATALIDAD *del propio desastre, este memento tan inútil, es la terrible cruz llevada por el político de raza real que yerra y pierde.*

Pero a mí, a nuestra generación, el 4 de Junio no nos deja esas nostalgias, aunque acaso se haya atravesado en nuestro destino. ¿No declarábamos antes del estallido que las cosas no podían seguir así? El 4 de Junio es una resultante. Las causas —sus razones— lo han precedido. No interesa tanto detenernos a decretar ahora si se ha producido para bien o para mal. Arrastra hechos nuevos, hechos irruptores que a nuestro juicio tienen una inicial vitalidad. Una vitalidad física, se entiende, pero vitalidad al fin. Yo pienso que eso que ha conmovido en sus cimientos al Poder traduce de manera inconsciente una energía nacional, es, en el más literal sentido, un movimiento. Que esa energía, que esa tónica no se mafiesten, carezcan de expresión política formal, no acierten en su tendencia y que todo a la larga concluya en apatía, resulta probable.

Pero a este capítulo de hechos que el 4 de Junio abre, es menester apreciarlo antes como dato biológico que con exigencias de arte político. ¿Y diré que el 4 de Junio como dato biológico no nos parece malo? Pero en todo caso, pues, la cuestión a discutir es si tiene o no tiene vida.

Es verdad, estos hechos son híbridos pero no son menos híbridas las mixturas que a la revolución se oponen. ¿Acaso no se la combate por lo que puede haber en ella de entusiasmo por el país? Contra lo peor del 4 de Junio no hay nada mejor que se promueva. No hay nada orgánico, selecto, dirigente que a la rebelión de las masas se oponga. Por eso tanto se asemejan en resumidas cuentas los peronistas efusivos a los rabiosos antiperonistas. Ambas sectas, ambos estados de ánimo, odian la gracia, la distinción, el orden y sólo los separa el accidente efímero de la personal ubicación. Por ahí, por ahí alcanzo a divisar el desastre.

Jueves. — En las memorias del General Iriarte, de las que algún día hablaremos en extenso, he leído algunas referencias, llenas de de sabor, sobre aquel período que media entre los dos gobiernos de Rosas. El General Iriarte, hombre de palabra intemperante —no me parece amargo, envenenado— se expide sobre Rosas en términos de despectivo rencor. Le brota un sentimiento de clase, herido por lo que juzga pestilencia demagógica.

No era Iriarte unitario, sino por accesión al menos, lomo negro. Es decir, si en algún partido militaba este partido era el mismo partido de Rosas. Y aquí está lo que hoy queríamos destacar: ¡qué dramática situación la de los lomos negros! Por un lado reputaban a los unitarios facciosos insoportables y por el otro, de pronto se toparon con una formidable aparición política, la aparición del caudillo instalado en la ciudad.

Los lomos negros lo supieran o no, se lo formularan o no, asumieron la posibilidad de una síntesis de tendencias, esto es, la más difícil, la más rara pero también la más fecunda de las empresas políticas, de las soluciones históricas.

Excepcionalmente puede ocurrir que las tendencias que se disputan el dominio político encarnen, cada una, determinada porción irreemplazable, intransferible del ser nacional; de modo que el anquilosamiento de cualesquiera de ellas, en definitiva, disminuye lo nacional, mutila la propia condición. Este fué el caso de los unitarios y federales cuya recíproca pugna —la inteligencia de época versus la fidelidad al lugar— resultó por eso, en ese muy profundo sentido, una lucha fratricida.

Los lomos negros, decimos, simbolizan esa síntesis perdida, arrojada al pozo sin fondo de la historia que pudo ser. Se hubiera requerido una excelsa visión política y, claro, la ayuda siempre graciosa del destino. Quizás Dorrego pudo ser el hombre de esta empresa. Luego los llamados lomos negros prolongaron un itinerario difuso. Tuvieron, sí, el arrojo de lanzarse a la corriente más impetuosa y rústica para que no naufragaran, para que se salvaran las formas cultas. Por eso, más allá de su época, los miramos con simpatía, como si viéramos entre ellos y nosotros no sé qué parentesco o vaga y remota analogía.

Sansoyo.

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

Suscripción anual $ 15.- Trimestral $ 5.-
Semestral $ 8.- Número suelto $ 0,30

CORREO ARGENTINO Central
FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 3775
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 3186